

LOS DOS COMPADRES

ESTUDIO DE COSTUMBRES POPULARES DE ESPAÑA

(Dibujo de D. Valeriano D. Bécquer)

YA un poeta de la antigüedad lo decía con estas o semejantes palabras: «Ven, amigo, hablaremos de largo y te daré a beber vino del tiempo de los consules.» En todas las épocas, la embriaguez y la expansión han tenido por cuna el mismo tonel y han andado juntas de la mano. ¡Singular influencia de un poco de líquido que se ingiere en el estómago del hombre! ¡Desarruga el ceño del adusto, infunde osadía en el tímido, desarrolla las corrientes magnéticas de la simpatía para con los extraños, abre de par en par las puertas a los secretos del alma, rompe, en fin, el hielo de la calculada reserva, que se funde a su dulce calor en cómicos apóstrofes o en lágrimas de grotesca ternura!

El jugo de la vid tiene su epopeya en los him-

nos de Anacreonte; la poesía ha prestado a sus inspiraciones las alas de la oda en los espondeos de Horacio; las jácaras de Quevedo cantan sus picarescas travesuras entre las gentes de baja estofa; aun en nuestro siglo brota espontánea la canción báquica como la flor de la orgía. ¡Qué mucho que en la antigüedad haya tenido adoradores de buena fe un dios sin altar y sin culto!

Entre nosotros, generación nerviosa e irritable, cuya inquieta actividad sostiene la continua exaltación del espíritu, el vino ejerce un muy diverso influjo del que debió de ejercer entre los hombres de las edades primitivas. Embriagados casi desde el nacer, ya de un deseo, de una ambición o una idea, constantemente sacudidos por emociones poderosas, el suave impulso de un licor generoso se hace apenas perceptible en el acelerado movimiento de nuestra sangre en el estado de fiebre que constituye nuestra agitada y febril existencia. Para obviar a este defecto, hemos recurrido al alcohol. Pero el alcohol es al vino lo que la carajada histérica de un demente es a la risa fresca y sonora de una muchacha de quince años. El uno es el entusiasmo, el otro es la locura; éste apaga la sed, aquél consume las entrañas. La última palabra del vino es el ronquido formidable del Sileno griego. El alcohol ha legado a los hombres como un don funesto el *delirium tremens*.

No nos es fácil, pues, calcular todo el efecto que haría en una raza nueva más tranquila, más

fuerte, menos propensa a la exaltación, ese secreto y misterioso impulso que despierta la actividad de las facultades, ese flúido que, circulando con la sangre, comienza por aligerar su curso, aguijonear las ideas perezosas y abrir los poros del alma a los sentimientos y las emociones. Con razón creyeron que sólo un dios podía haber hecho a los hombres tan agradable presente. «¡Evohé!, ¡evohé!» gritaban los sacerdotes invocando a Baco. «Baja a nosotros» añadían apurando copa tras copa, y cuando la embriaguez divina agitaba sus miembros, cuando el vapor del líquido subía a su cabeza, exclamaban llenos de místico alborozo: «El dios ha bajado.»

La mano del tiempo ha derribado la divinidad, aunque no se ha perdido el culto. Al cambiar de épocas, hemos despojado a sus adoradores del carácter sagrado con que se revestían. Después de arrebatárle el tirso, la corona de pámpanos y la piel de tigre, hemos dejado al sacerdote del antiguo templo, en cuyo vestíbulo nació la tragedia clásica, convertido en el borracho vulgar que se desploma a la puerta de la taberna.

A pesar de todo, lejos del agitado círculo en que bullen y se codean las ambiciones y los intereses, *rari nantes in gurgite vasto*, aún se encuentran algunos tipos que traen a la imaginación reminiscencias de aquellas pasadas glorias.

Los que han estudiado con algún detenimiento las costumbres populares, así en nuestro país

como fuera de él, suelen mostrarse a menudo maravillados de las singulares coincidencias que existen entre las costumbres y los usos modernos de los habitantes de ciertas localidades y los de los pueblos más remotos de la antigüedad. Y efectivamente, si con la diligencia y la condición de los que se afanan en busca de la ignota raíz de una palabra, hasta que, profundizando en las capas primitivas del lenguaje humano, resulta al fin sánscrita o caldea, se buscara la generación de ciertas ceremonias y hábitos, veríamos, persiguiéndolos en sus modificaciones al través de los siglos, que aparecía al fin, enlazándose y como derivación natural de ceremonias, costumbres y fiestas olvidadas ya, o de las que juzgamos no queda el menor vestigio. Y una cosa semejante sucede respecto a algunos tipos de las edades pasadas cuyos moldes parece que se rompieron después de vaciarlos.

El dibujo que me ha inspirado estas desaliñadas líneas justifica, hasta cierto punto, las anteriores observaciones. Hay algo de solemne y patriarcal en la actitud y el tipo de los dos personajes que ocupan el primer término del cuadro, y que embebidos en su plática sólo se interrumpen para dar espacio a sus repetidas libaciones. Tiene el fondo algo de grande e imponente que recuerda el templo. No es esa la borrachera que pasea por las calles su escandalosa exaltación; no es esa la embriaguez que se desata en improprios, in-

cita al crimen y se desploma en el arroyo para acabar desvaneciéndose en un sueño febril sobre la paja de un calabozo. Reina una paz, se trasluce una unción tan profunda en el uno de sus héroes; rebosa en el otro, aunque grotesco, un sentimentalismo tan propio de la chispa expansiva, que entre los dos puede decirse que completan el ideal del bebedor clásico. Basta fijarse en esa escena aislada de la eterna comedia popular para conocer el teatro de la acción, reconstruir el prólogo y adivinar el desenlace.

La amplia capa, el sombrero colosal y la fisonomía característica del compadre grave, denuncian al menos conocedor el tipo de un manchego. ¿Quién no reconoce en su *alter ego* a un labrador aragonés? Son los representantes de las dos provincias madres del vino que beben a pasto las masas, del verdadero vino nacional, del que presta genio y carácter propios al pueblo español. ¿Dónde se han conocido? ¿De qué fecha data su amistad? ¿Por qué acaso se encuentran juntos? No importa averiguarlo. Después que la campana de la iglesia ha tocado a visperas, al tiempo que el alcalde, el cura, el boticario y algún primer contribuyente de capa parda arreglan los destinos del país midiendo con lentos pasos el pórtico; en tanto que las comadres del lugar juegan al guiñote o al julepe, próximas a la lumbre donde hierva el espeso chocolate de la merienda; mientras las mozas bailan en la picota y los mozos juegan a la

barra o recorren las calles desgañitándose al compás de un guitarrillo destemplado, nuestros dos héroes se presienten, se buscan, y después de encontrarse, sin cambiar una sola palabra, sin preceder siquiera algo semejante a la invitación del poeta latino, como empujados por una fuerza sobrenatural, se encaminan a las afueras de la población, si no a beber vino del tiempo de los cónsules, a saborear el contenido de una tinaja de lo añejo, cuyo zumo tal vez exprimió niño el que hoy lo consume anciano.

En muchos pueblos de Aragón, y particularmente en la parte alta de la provincia, una senda, que pasa costeando el lugar, se dirige en desiguales curvas por entre las quiebras del monte hasta el punto que en la falda de éste ocupan las bodegas. Socavadas en la peña viva, recibiendo la luz por los agujeros practicados en el granito, el conjunto de ellas sólo ofrece a la vista una serie de bocas abiertas en el corte vertical del terreno, cuya regularidad y extraña apariencia traen a la imaginación la memoria de esas ciudades de los muertos, verdaderos tesoros científicos para los modernos sabios, que los egipcios tallaban en los peñones de algún recóndito valle.

Unos cuantos escalones, naturales o mal compuestos, con ladrillo y argamasa, dan paso al interior de las bodegas, a las cuales se desciende casi siempre a trompicones, deslumbrados por la súbita transición de la claridad del cielo a las

sombras que envuelven sus galerías. Cuando los ojos comienzan a habituarse a la vaga niebla que envuelve aquel recinto, cuando la dudosa y azulada claridad que se abre paso a través de los respiraderos, resbalando sobre los muros, comienza gradualmente a destacarlos del fondo, es difícil dar idea con palabras de los pintorescos contrastes de luz, de color y de líneas que ofrece el cuadro que se presenta a la vista. En primer término, pipas, cubas y tinajas colosales, cuya gigantesca proporción recuerda los restos de las construcciones ciclópeas, se levantan majestuosas formando grupo con los artefactos y los útiles groseros de una industria que aún permanece entre nosotros en toda su primitiva sencillez. Por unos lados, la galería abierta a pico deja ver las grietas de la roca y sus robustos pilares: sus arcos chatos y robustos parece que remedan el interior de los templos subterráneos de Elefanta; por otros, un madero, un pilar de adobes o el tronco de una encina que sirve de puntal, revelan el carácter típico de su obra, que no es, como suele decirse, de romanos ni mucho menos. Tal es la que sirve de refugio a nuestros dos compadres. La muda admiración con que el huésped contempla la larga fila de ventradas tinajas que se prolonga hasta perderse degradándose entre las sombras del fondo, las respetuosas ceremonias con que el anfitrión destapa la más venerable a fin de preparar la ofrenda, el silencio con que, no

ya en copa de cristal tallado, en caña o en cubillos, sino en clásico puchero de barro, comienzan ambos a trasegar al estómago el reverenciado líquido, dan a conocer que se sienten poseídos de toda la majestad del sitio en que se hallan, de toda la grandeza del misterio que en ellos va a operarse.

Los tragos menudean, el silencio se interrumpe y la *tagarnina* comienza a delinarse con carácter propio en cada uno de los actores.

En el uno se traduce el progresivo influjo del mosto por medio de la animación siempre creciente. Las palabras, primero lentas y entrecortadas, se suceden y se eslabonan con rapidez maravillosa. La actitud, el gesto, la acción, se hacen más vivos y acentuados; las ideas adquieren nueva lucidez y se producen por medio de imágenes; la imaginación recorre todos los tonos de la escala de la pasión. ¡Esta es la bebida sentimental y tierna, la que abre como con una llave misteriosa las puertas del corazón y saca a plaza sus más recónditos secretos! Historias imposibles, ambiciones locas, dolores ignorados, extravíos de la pasión o de la inteligencia, todo sale a luz, todo se extiende a la vista como las baratijas de un buhonero en la tienda ambulante de un baratillo. Ya la sangre enardecida y avivada con el acicate y el desorden del cerebro hincha las venas por donde corre precipitada. El orador se despoja de la chaqueta, toma actitudes dignas del cincel, y, ¡oh

prodigio de la exaltación!, llega hasta el punto de olvidar el puchero que rueda a sus pies haciéndose cascacos y dejando escapar el preciado jugo. Si Baco, sentado en el borde de una tinaja como un dios de Homero sobre una nube, asistiese invisible a esta escena, sonreiría satisfecho al aspirar el perfume de la involuntaria ofrenda, sólo comparable a las que en otra edad le hacían sus sacerdotes derramando sobre el fuego del altar el líquido encerrado en las ánforas de oro.

¡Qué ardientes profesiones de fe política! ¡qué proyectos para la regeneración de la patria! ¡qué historia de agravios o de satisfacciones, qué confidencias de familia, todo ello revuelto y entremezclado con vivas protestas de amistad, con vehementes apóstrofes de indignación o patéticas exclamaciones de ternura, a las que presta realce la lágrima que humedece sus ojos enrojecidos por el sentimiento y la bebida!

Por desgracia o fortuna para el sentimental compadre, todas aquellas galas oratorias, todas aquellas expansiones inconscientes, todo aquel tesoro de cariño de un alma que se abre a la expansión después de estar largo tiempo comprimida, se pierden en el vacío. Él no sabe lo que se dice; en cambio, su Pilades tampoco se da cuenta de lo que oye. Majestuoso en su olímpica serenidad, a plomo sobre su abultado vientre, envuelto en los anchos pliegues de su capa como en una toga, permanece inmóvil e imponente, semejante

a aquellos senadores romanos que al acercarse los bárbaros a Roma esperaban tranquilos la muerte sentados en sus sillas curules.

Este es el vino solemne, el vino epopéyico del que se emborracha, como (dado caso que bebiese) se emborracharía una esfinge. Emoción profunda que sólo se revela por raras interjecciones, que aunque tiene los ojos abiertos no ve, que aunque finge prestar atención no oye, que está toda reconcentrada en el interior del individuo, de cuyo estómago se eleva lento hasta la cabeza el vapor del vino, como se eleva la nube del incienso del ara de un altar...

La noche, que deja en profundas tinieblas a nuestros héroes, pone punto al diálogo. El anfitrión, con palabras balbucientes, anuncia que ha llegado el momento de partir y dar un último abrazo a su huésped, el cual, después de un resoplido previo, se levanta sobre sus enormes pies, firme y derecho como una columna. El uno un poco a gatas, otro poco agarrándose a las paredes, pero siempre digno, vuelve a su hogar. El otro, pausado y magnífico, llevando sobre sus hombros el peso de *la chispa* con el respeto y el orgullo con que un elefante llevaría la tienda de oro y brocado de un rey persa, se encamina a su posada.

Media hora después de haberse separado ambos compadres, duermen con el sueño de los justos.

CASTILLO REAL DE OLITE

(NOTAS DE UN VIAJE POR NAVARRA)

I

LA ciudad de Olite, célebre en la historia de Navarra por haber tenido en ella asiento algunos de sus reyes, está situada a la margen derecha del Zidacos y en una dilatada llanura, que riegan y fecundan las aguas de este río. Tal vez para mal de sus intereses materiales, pero indudablemente para bien del artista que busca en los pueblos de la vieja España rastros de otros siglos y otras costumbres, la moderna civilización no ha llevado aún la manía de las demoliciones y las restauraciones a Olite; de modo que todavía pueden admirarse algunos notables vestigios de su esplendor pasado.

La ciudad debe su origen a la época goda, en

que la fundó Suintila, con el nombre de Ologito, pero de estos remotos tiempos apenas se conserva más que la memoria del sitio que ocuparon algunos muros; pues los restos que aún se señalan como primitivos no lo parecen.

La invasión árabe la redujo a ruinas, y después de reconquistada, comenzó a repoblarse a principios del siglo XII, creciendo poco a poco en importancia hasta llegar a ser asiento de los reyes navarros, y ver celebrar cortes importantes en su recinto.

La ciudad de Olite, aunque pequeña, anuncia desde su entrada la importancia de que gozó en un tiempo, y permite que se note a primera vista el carácter religioso y guerrero que campea en sus monumentos más célebres. Cuando llegamos a la población, la noche había cerrado por completo y las grandes masas verticales de sus bastiones, que se destacaban oscuros sobre el cielo estrellado y de un azul intenso, parecían los gigantes guardianes de la antigua e imponente puerta ojival que da paso a su recinto. A la luz de un pequeño farolillo, que colgaba delante de un retablo empotrado en el grueso del muro, pudimos distinguir algunas figuras típicas de jornaleros del país, que volvían a sus hogares con los instrumentos de la labranza al hombro y que al entrar saludaban devotamente a la imagen.

Una calle corta, oscura y formada por casas desiguales y caprichosas, entre las que descolla-

ban algunas cuya masa imponente y denegrida acusaba su antigüedad, nos condujo a una gran plaza donde, según las indicaciones que traíamos, se debía de encontrar nuestro alojamiento. La posada, parador o mesón donde al fin nos instalamos, a juzgar por la rápida y escudriñadora mirada que dirigimos a nuestro alrededor al traspasar sus umbrales, era una copia fiel de los históricos mesones que ya habíamos examinado en Castilla, y para cuya descripción puede aún aprovecharse algún párrafo de Cervantes. Con tal escrupulosidad se conserva en algunos puntos de España la tradición de estos establecimientos públicos.

No obstante y en honor a la verdad, debemos decir que la cama y la cena sobrepusieron en bondad a la triste idea que de antemano nos habíamos formado de ellas, juzgando por el exterior del alojamiento.

II

Al día siguiente nuestro primer cuidado fué visitar el Castillo Real. La fundación de este castillo o su completa renovación data del primer tercio del siglo XV, y se debe a Don Carlos III de Navarra, llamado el *Noble*, el cual tuvo de ordinario en él su residencia. Hoy día es difícil determinar precisamente la planta de esta obra, de la que sólo quedan en pie muros aislados cubiertos

de musgo y hiedra, torreones sueltos y algunos cimientos de fábrica derruida, que en ciertos puntos permiten adivinar la primitiva construcción, pero que en otros desaparecen sin dejar huella ostensible entre los escombros y las altas yerbas que crecen a grande altura en sus cegados fosos y en sus extensos y abandonados patios. Sin embargo, la vista de aquellos gigantes y grandiosos restos impresiona profundamente, y por poca imaginación que se tenga, no puede menos de ofrecerse a la memoria, al contemplarlos, la imagen de la caballeresca época en que se levantaron.

Una vez la fantasía templada a esta altura, fácilmente se reconstruyen los derruidos torreones, se levantan como por encanto los muros, cruje el puente levadizo bajo el herrado casco de los corceles de la regia cabalgata, las almenas se coronan de ballesteros, en los silenciosos patios se vuelve a oír la alegre algarabía de los licenciados pajes, de los rudos hombres de armas y de la gente menuda del castillo, que adiestran a volar a los azores, atraillan los perros o enfrenan los caballos. Cuando el sol brilla y perfila de oro las almenas, aún parece que se ven tremolar los estandartes y lanzar chispas de fuego los acerados almetes; cuando el crepúsculo baña las ruinas en un tinte violado y misterioso, aún parece que la brisa de la tarde murmura una canción gimiendo entre los ángulos de la *Torre de los Trovadores*; y en alguna gótica ventana, en cuyo alféizar se ba-

lancea al soplo del aire la campanilla azul de una enredadera silvestre, se cree ver asomarse un instante y desaparecer una forma blanca y ligera.

Acaso es un jirón de la niebla que se desgarran en los dentellados muros del castillo, tal vez un último rayo de luz que se desliza fugitivo sobre los calcinados sillares. Pero ¿quién nos impide soñar que es una mujer enamorada, que aún vuelve a oír el eco de un cantar grato a su oído?

Para el soñador, para el poeta, suponen poco los estragos del tiempo: lo que está caído, se levanta; lo que no ve, lo adivina; lo que ha muerto, lo saca del sepulcro y le manda que ande, como Cristo a Lázaro.

Para el arqueólogo no se conservan en el castillo de Olite más que un determinado número de torreones, cuadrados los unos y cilíndricos los otros, que refuerzan exterior e interiormente el doble lienzo de muralla que aún se tiene en pie y algunas construcciones aisladas, enriquecidas de lujosos ornamentos y que recuerdan, al destacarse sobre el cielo, el airoso perfil de los minaretes moriscos.

Un lienzo de dobles arcos ojivales, sostenido por los estribos de un vano de medio punto que parece haber formado parte de una galería interior del palacio, se ostenta aún con toda su elegante esbeltez hacia la parte de la torre llamada del homenaje; varios escudos esculpidos en barroqueña, algunos rícos fragmentos mutilados y

esparcidos por el suelo, y restos de alicatado mudéjar, pertenecientes, sin duda, a la ornamentación de las estancias, son mudos testimonios de la grandeza de esta magnífica obra y curiosos ejemplares del estado de las artes en la época a que se debe la fundación del castillo, que aún se conservaría en buen estado si durante la última guerra civil un célebre general no lo hubiese entregado a las llamas.

III

Antes de volvernos a la población, y después de haber arrojado una última y dolorosa mirada sobre los imponentes restos del famoso castillo, nos dirigimos a Santa María la Real, iglesia que se encuentra en las inmediaciones de estas ruinas, y junto a la cual se observan aún ciertos huecos y excavaciones que recuerdan el gran proyecto de Don Carlos III el Noble. Este rey, según Mariana, pretendía unir los dos pueblos (Olite y Tallalla) con un pórtico o portal continuado y tirado desde el uno hasta el otro.

Es creencia vulgar en este país que tal camino ha existido; pero lo cierto del caso parece ser que el rey navarro murió sin llevar a cabo su empresa.

11 de Marzo de 1836.

EL CARNAVAL

I



AY gentes que tienen en la uña el almanaque y saben en qué día preciso entran y salen las estaciones, cambian las lunas y caen tales o cuales santos, estas o las otras fiestas. Yo tengo la felicidad de olvidar fácilmente todo lo que me importa poco, y como, entre otras cosas, se encuentran en el número de éstas los detalles del calendario, de aquí que la mayor parte del año estoy como los niños en el limbo, sin saber el día ni la hora en que me encuentro.

Para mí es primavera cuando el aire templado y suave trae a mi oído armonías extrañas envueltas en el perfume de las primeras flores, y otoño cuando, al pasear por entre las largas alamedas, el ruido especial de las hojas amarillas, que crujen